DÍA TREINTA

CONSIDERACIONES SOBRE MARÍA, MODELO DEL CRISTIANO

PUNTO I°. — María es nuestro modelo y debemos imitarla. Enseña san Agustín que el medio más seguro de honrar á los santos y merecer su protección no es el venerar su memoria, cantar sus alabanzas, ser partícipe en las cofradías establecidas en honra suya, sino el imitar sus virtudes. Por lo cual, el principal objeto de la Iglesia al establecer fiestas en honor de los santos, es, no de provocar en nosotros una estéril admiración, sino de animarnos á la práctica de la virtud por el recuerdo de las virtudes que ellos practicaron. Cada santo que ella nos incita á honrar es un dechado que ella nos propone; es cual si nos dijera lo que antiguamente Dios á Moisés: *Mira, y haz según el modelo que se te propone*[1]. Por consiguiente, fácil es comprender que el objeto principal del culto de María es la imitación de sus virtudes. Así como por Jesucristo debemos ir á Dios, así por María debemos ir á Jesucristo; mas no podemos ir al uno ó al otro, sino imitándolos. Esa es la doctrina de san Juan: Aquel, dice, que quiere pertenecer á Jesucristo, tiene que delinear en su vida la vida de Jesucristo. Y estas palabras de san Pablo: *Revestíos del hombre nuevo, que fué creado según Dios en la verdadera justicia.* Luego para ir á Dios, tenemos que imitar á Jesucristo. Pero, atemorizados de la perfección del dechado divino, acaso no os atrevierais á imitarle bajo el pretexto de que es demasiado perfecto. Pues ahí tenéis otro que la Iglesia os ofrece, menos atemorizador, por ser menos elevado, menos difícil por estar más á vuestro alcance, y es la Virgen, á quien llamáis madre vuestra. Con tomarla por modelo, adquiriréis el derecho de ser introducidos algún día al lado del Rey de los reyes: *Proxima ejus afferentur tibi*[1]; y le daréis á ella la única prueba de amor que no puede ser discutida. Fuera de ello, podéis equivocaros sobre el carácter de los homenajes que tributáis á María; podéis tomar por amor cierta sensibilidad natural, y por fervor los efectos de la imaginación y de los sentidos. Pero quien imita ama de veras, siendo una necesidad para el corazón que ama el modelarse sobre el objeto amado. Acordaos de lo que se ha dicho de los amigos de san Basilio, los cuales estaban tan penetrados de amistad por él que hasta imitaban sus

1. Exodo, XXV, 49.

1. S. XLIV, 15.

defectos naturales. El cristiano pues que ame de veras á María, se esmerará en imitarla, y la semejanza que procurará tener con ella será el homenaje más grato que puede tributarle.

Con todo, al proponeros á María por modelo, la Iglesia no pretende imponeros la obligación de elevaros hasta una perfecta semejanza, lo que en vano intentarais. Tampoco Jesucristo, al pronunciar estas palabras: *Sed perfectos, cual es perfecto vuestro Padre celestial,* quiso imponernos la obligación rigurosa de llegar á la perfección divina, siendo cosa imposible para la criatura. « Pero, así como entre pintores, los que se dedican á imitar las obras de los grandes maestros toman algo de su genio, y aún no logrando nunca copiarlos perfectamente, no dejan por eso de producir ciertos rasgos que superan de mucho al vulgo; así también, las virtudes de la Virgen santa, que son soberanamente perfectas, dejan siempre en el alma de quien se esmera en igualarlas, aunque sin lograrlo, ciertos rasgos que recuerdan la perfección del modelo. »[1] Vosotros pues, que créeis amar á María, reflexionad un momento, y ved cómo hasta ahora la imitasteis.

Punto IIº. — ¿Qué cosa debemos imitar en María? Lo que debemos imitar en María, no es lo que hay en su vida de extraordinario, y hace de ella una criatura á parte; fuera locura intentarlo; pero todos debemos esforzarnos á imitar las virtudes más adecuadas á nuestra edad y condición. No hay que comparar á María con los demás santos: cada una de éstos descolló por una virtud particular que forma como el punto culminante de su santidad; pero la madre de Jesús descolló por el brillo de todas las virtudes. San Bernardo, devoto siervo de María, compara la Virgen santa á un hermosísimo jardín donde todas las flores de virtud aparecen en su mayor brillo, despidiendo deliciosa fragancia; mas entre ellas, observa tres que sobresalen y embalsaman la casa de Dios: el lirio de la pureza, *lilium castitatis*, la violeta de la humildad, *viola humilitatis*, y la rosa de la caridad, *rosa charitatis*. Á la práctica de esas tres virtudes es á lo que debemos particularmente dedicarnos.

1º El lirio de la pureza, *lilium castitatis*. Á los ojos de Dios; como á los ojos de los hombres, lo que hace la gloria y el más bello ornato de la juventud, es la santa modestia; y sólo en la escuela de María aprenderán los jóvenes á amarla y conservarla. Para hacernos comprender cuán grande fué la pureza de María, la Iglesia la llama casta paloma que se pasea á la orilla del agua; una rosa medio abierta que despide al rededor suave perfume; un lirio resplandeciente de blancura. La llama Reina de las Vírgenes, nos la muestra en el cielo al frente del coro glorioso de las vírgenes, que al

1 *Mes de María de los predicadores.*

pasar por la tierra no quisieron otro esposo más que á Jesucristo. ¡Qué inmenso era en efecto el amor de María por la santa virtud! Para conservar con más seguridad la flor de su inocencia, entra en el templo desde la edad más tierna, buscando á la sombra del altar un abrigo contra el contagio del mundo. Más tarde, renuncia la gloria de ser madre del Mesías, si ha de pagarla con el precio de su virginidad. — A su amor por la pureza debe atribuírse su poca afición á las alabanzas. Se avergüenza de las que se le dirigen de parte de Dios mismo, turbándose y atristándose al oír que Gabriel la saluda como *llena de gracia*. Hijos de María, aprended de ella á ser prudentes en vuestras relaciones, huid y temed á los que os adulan, preservad vuestro corazón del veneno de la lisonja, si queréis conservarlo puro.

2° La segunda virtud que tenemos que aprender en la escuela de María, es la humildad, *viola humilitatis*. La vida de María fué una práctica continua de la humildad. Desheredada de la gloria de sus antepasados, se complace en el aislamiento y la oscuridad. Esposa de un pobre artesano, vive con él trabajando como él. Al saludarla el ángel como Madre de Dios, ella se califica con el título de esclava: *Ecce ancilla Domini*. Alvidándose de sí misma y de su alta alcurnia, se anticipsa á su prima Isabel. — Aunque objeto de tantas alabanzas, atribuye á Dios la gloria que le tributan, y proclama que

ella no es más que vil instrumento de la omnipotencia divina. En Betleém, no encuentra alojamiento en ninguna posada, y no sale queja alguna de sus labios, y la madre del Hombre Dios se ve precisada á deponer su hijo recién nacido encima de la paja dentro de un establo. El día de la Purificación, se somete á una ceremonia que no había sido establecida para ella, consintiendo en que la tengan por una mujer como las demás, y haciendo á los ojos de los hombres el sacrificio de su virginidad. Ese fué el modesto y humilde papel de toda su vida. « Jamás pensó en ostentarse aunque hermosa, ni en ataviarse aunque joven, ni en engrandecerse aunque noble, ni en enriquecerse aunque pobre. Dios le bastaba y era su riqueza ¡Qué lección para nosotros que tanto anhelamos por ensalzarnos y distinguirnos ante los hombres!

3° La tercera virtud que debemos imitar en María es la caridad, *rosa charitatis*. Santa Catalina dijo un dia al Señor: Dios mío, vos quéréis que yo ame al prójimo, y no puedo amar más que á vos. Y Dios le contestó: Quien me ama, ama también cuanto yo amo. Pues bien, siendo María de todas las criaturas la que incomparablemente amó más á Dios, ella es también la que más amó al prójimo. Era tan misericordiosa su caridad, que iba á socorrer á quien lo necesitaba, sin que nadie se lo pidiera; así lo hizo en los bodas de Canaán interceciendo con su divino Hijo por la pobre familia cuya

escasez la afligía. Tratábase de ser útil al prójimo, ahí la tenéis presurosa y arrojada atravesando montes para ir á auxiliar á santa Isabel. Siempre y en todas partes, se muestra María discreta en sus palabras, prudente en sus juicios, amable en sus relaciones, indulgente por los agravios del prójimo, llena de celo y generosidad cuando se trata de prestar servicio. Imitemos pues á María, nosotros que tan prontos somos en nuestros juicios, tan cáusticos en nuestras palabras, y tan desapiadados por las faltas ajenas.

¡Oh María! madre mía y modelo, ¿cuándo verás en mí las virtudes que adornaron tu corazón? Mil veces te dije que te amaba, pero hasta ahora mi amor ha consistido en palabras más bien que en acciones. Sólo aquel que se esmera en imitarte, te ama cual tú quieres ser amada. Pues bien, desde hoy yo quiero dedicarme á ser más puro, más humilde y caritativo, para probarte así que te amo de veras. Amén.

EJERCICIO

No olvidemos que el amor á María, como el amor á Dios consiste en los actos, y no en las palabras. Obedezcamos al Hijo, y daremos así gusto á la Madre.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Buen premio por sacrificar un libro malo. — Hallábase un joven en un buque en compañía de un buen religioso, y otros pasajeros, haciendo un corto trayecto en las cercanías de Génova. Tenía en las manos uno de esos libros licenciosos que tan numerosos andan en este triste siglo; leíalo de cuando en cuando, diciendo con cierto alarde á los circunstantes: « Este es un libro encantador, lleno de agudezas, y tan delicioso, que quisiera saberlo de memoria; no lo daría por un tesoro. Padre, dijo al religioso, ¿no tendríais la curiosidad de verlo? á fe que os convenceríais de que no miento. » Tomó el libro el religioso, y no bien leyó algunas líneas, conoció de qué clase era la obra; lo cerró otra vez y lo devolvió á su dueño. Insistía el joven para que lo leyera. « No, señor, ya basta; esas producciones podrían distinguirse nada más que con el olfato... — ¿Qué queréis decir con eso? replicó el joven. — Quiero decir que el hedor que exhalan esa clase de escritos, se parece al de los cadáveres ó de las alcantarillas; se huele de lejos. Ya sé que hay quien hace de ellos su pasto, y acaso su deleite, pero ¡qué le hemos de hacer! cada uno tiene su gusto; lo que es yo, gracias á Dios, no me siendo con tal inclinación, y os pido me permitáis seguir como soy. » Esa contestación desconcertó al joven, y se avergonzó de su imprudencia. Notólo el religioso, pero se guardó muy bien de aprovechar la circunstancia para humillarle todavía más; al contrario procuró granjearse su confianza con sus modos suaves y atractivos, y sobre todo con lo alegre de su conversación. Como era tan piadoso como sabio, logró fácilmente traerla sobre un asunto de religión. Empezó ponderando los encan-

tos de la virtud, y pintando la dicha del corazón puro é inocente. Y lo hizo con tanta fuerza y unción, que el joven, el cual había recibido muy cristiana educación, y no había perdido la fe, no pudo menos de dar algún suspiro, sin que el religioso pareciera notarlo, pero siguiendo en el mismo tono, lamentó los extravíos y desgracias de los jóvenes que se dejan llevar del torrente de los vicios; las comparó con las del pródigo del Evangelio, y sacó de la historia del joven disipador, la perfecta imagen del corazón inexperto, que se deja arrastrar y corromper por infames placeres; y cabalmente ese era el caso de nuestro joven. » ¡ Qué locura, exclamó el religioso, la de un cristiano que entrega su alma al demonio ! Lo da todo, y no recibe nada, ó más bien recibe el sufrir anticipadamente el infierno, porque, ¿ hay cosa que más se parezca al estado de un réprobo, que el de una alma entregada á la tiranía de las pasiones ? ¡ Si al menos acudiera á la Virgen Santa ! — ¡ Ay de mí ! replicó el joven, yo que tanto le amé ! ¡ Cuanto me encarecieron el seguir fiel á su culto en el colegio donde hice mis estudios ! Hasta llegué á llevar su librea algún tiempo, pero allá la dejé porque me daba vergüenza. ¿ Y no podría yo esperar volver en gracia con ella ? — Si, hijo, contestó el religioso, y os costará muy poco el lograrlo. ¿ Dónde está ese libro de que tan magnífico elogio hacíais ha un instante ? — ¡ Ay ! padre no hablemos más de él — Sí, al contrario : decís que deseáis volver en gracia y amistad con María, pues bien, sacrificadle ese libro que tan precioso os fuera. — ¿ Me aseguráis que eso le daría gusto, y que volverá á ser madre mía ? — Sí, por cierto, hijo, yo os lo aseguro con toda formalidad. » Ya no deliberó más.. « Pues ahí está, tomadlo, y haced de él lo que os dé la gana. — No, dijo el religioso, no quiero quitaros el mérito de sacrificarlo vos mismo. » El joven persiste en querer que otras manos, y no las

suyas, hagan esa ofrenda á la Reina de los cielos. Por fin, para dar fin á la contienda, parten el libro, y cada uno de por sí, arroja al mar la parte que tenía en las manos, ¡ Oh, cómo sabe María pagar generosa lo que hacemos por ella ! Ese sacrificio, tan leve y poco digno de contarse por algo, fué para nuestro joven una fuente de celestiales favores que le valieron, después de una vida santa, una muerte predestinada; porque, de regreso á su patria, cambió enteramente de conducta, elevándose por cima del respeto humano, y abandonando á sus compañeros de libertinaje. En fin, desengañado del mundo, dejó sus bienes y familia, y se encerró en un convento, donde hasta el fin de sus días fué edificación y ornato de todos.

Continuación de los dos hermanos reconciliados por María. — Un día el malvado hermano, al pasar junto á la iglesia de un pueblecito, entró en ella.. Celebrábase la fiesta de Nª Sª del Carmelo. Se adelanta hacia el altar de María, se pone de rodillas, y derramando lágrimas, pide á Aquella que llamamos refugio de los pecadores, y consoladora de los afligidos, que tenga á bien lograrle la gracia de encontrar á su hermano, para reconciliarse con él, y reparar sus agravios antes de morir ; Aliviado con esa oración, se levanta lleno de confianza, y sigue su camino. Había ya andado algunas leguas, encontrando apenas lo necesario para su sustento, cuando divisó á un sugeto vestido con elegancia, paseándose en un prado al lado de una quinta, cuyo dueño parecía ser. Adelántase hacia él, le saluda, expone sus desventuras, y le suplica que le conceda algún socorro. ¿ De dónde sois — le pregunta el rico, — y cómo tantos reveses que os redujeron á ese estado ? Cuenta el otro su vida con todos sus pormenores, no omiliendo más que los malos tratos para con su

hermano. En la expansión de su relato, varías veces estuvo para revelarlo todo, y confesar que muy bien se había merecido su infortunio ; pero el temor y la necesidad lo detuvieron, temiendo minorar la compasión que quería infundir á aquel señor ; dijo sin embargo lo bastante para que le reconociera quien conociese á su familia. Sin participarle su descubrimiento, el caballero le lleva á la quinta, manda á su gente que le traten bien, y le preparen un alojamiento para aquella noche. Por la tarde, relata á su mujer lo sucedido, y le comunica sus intenciones. Durmió el pobre aquella noche con profundo y apacible sueño, y al despertar por la mañana, su primer pensamiento fué : ¡ Qué benéfico es este hombre ! Si no nació rico, merecía serlo. Aumentaba su admiración comparando involuntariamente la conducta que este nombre seguía para con un extraño y la que él había seguido para con su hermano.

Unas horas después, manda llamarle el dueño, y cuando estuvo en su presencia, le miró detenidamente con enternecimiento, y le preguntó si no le reconocía. No, contestó el pobre. ¡ Cómo ! ¿ no reconoces á tu hermano? y al mismo tiempo se arroja en sus brazos, estrechándolo con cariño. El hermano mayor, lleno de asombro, de confusión, de arrepentimiento, de gratitud y gozo, cae de rodillas exclamando : Gracias, Dios mío, por haberme oído ; y al propio tiempo abrazaba las rodillas de su hermano, regándolas con sus lágrimas, y pidiéndole perdón. Ya ha tiempo que te perdoné ; olvidemos lo pasado, y gocemos la felicidad de vernos reunidos ; tu eres rico, pues yo lo soy ; vivamos juntos y amémonos. — Sí, hermano, yo te amaré, contesta el mayor con voz sofocada en sollozos, y jamás olvidaré que yo te traté de un modo infame, y que tú me sacas de la miseria.

Un santo trapero. — Al dar cuenta de una misión celebrada en Normandía, el nuevo é interesante periódico el *Clocher* reproduce la siguiente anécdota relatada por el predicador de la misión.

Una tarde, el R. Padre nos hablaba de los santos afirmando que no son en nuestra época tan escasos como algunos escépticos se complacen en propagarlo.

« Si los dioses no se van, nos decía, tampoco los santos. Todos los días topamos con alguno de ellos en el mundo, y por mi parte, los encuentro en todos los grados de la escala social.

« Ese gran señor que pasa junto á nosotros en coche á la Daumont, yo le conozco ; se oculta para derramar dinero, cual otros para robar, y lleva cilicio....

« Ese mendigo, ese mísero cuyo rostro angustiado nos infunde temor ó repulsión involuntaria, que arrastra en los callejones su destrozada chamarreta... se disciplina...

« Y para comprobar lo que estoy diciendo, añadió, aqui tenéis un relato que recogí no ha mucho de boca de una buena religiosa de París.

« Hace unos años vivía — debería decir más bien agonizaba — en París mismo, en un miserable tabuco del barrio latino, un pobre anciano cuyo cuerpo no era más que una llaga.

« Siendo joven, fué víctima de un accidente que le obligó á pordiosear para poder sustentarse, y después de pasar cuarenta años en esa vida nómada, contrajo crueles achaques que le clavaron en un lecho de dolor. Sus hijos, traperos honrados pero pobres, le mantenían allá como Dios quiere, pues nunca el canasto y el gancho enriquecieron á los desdichados.

« Las religiosas del barrio fueron informadas del hecho, y sabiendo que el estado del enfermo necesitaba cuidados delicados y asiduos, fueron es-

pontáneamente á ofrecer sus servicios. Excusado es decir que la pobre gente los aceptó con agradecimiento.

« Todos los días, pues, iban las buenas hermanas á cuidar al pobre enfermo, le traían pociones calmantes, confortándole con buenas palabras, que muchas veces alivian los males del cuerpo más que toda farmacopea humana.

« No caían esas palabras en saco roto. Jamás los descoloridos y azulentos labios del anciano pronunciaron grito ni gemido ; la calma serena iluminaba su rostro.

« Á pesar de las úlceras horrendas que roían su cuerpo, á pesar de la fiebre que hacía circular su sangre como lava en sus venas, y secaba su pecho, él siempre apacible. Desfiguradas sus mejillas por inauditos tormentos, parecían rodeadas de una aureola, y por sus ojos cercados de lívidas manchas pasaban como rayos de celestial júbilo.

« Sólo una cosa había sorprendido á las religiosas.

« El pobre anciano era por cierto el enfermo más cristiano y resignado, y no es extraño que sus palabras, sus gestos y miradas las interesaran más que las de los demás. Pues bien, habían observado, — las achacarán quizá algunos lectores de futilidad, pero, lo repito, el alma humana está constituída de tal modo, que nada es pequeño, nada es fútil para su ternura, — habían pues observado las buenas hermanas que cada vez que entraban en la mísera vivienda del pobre, éste, tan comedido sin embargo y tan cristiano, no contestaba al saludo de ellas sino con un breve *buenos días* poco ceremonioso, sin hacer ni aún ademán de levantar la orilla de su gorro.

« ¿ Pues quién se lo impedía estando libres sus manos?...

« Varias veces una de las religiosas, según ella

confesó más tarde, estuvo para hacerle sobre ello algunas observaciones, pero nunca se atrevió, desarmándola la santa resignación del venerable moribundo, y su inalterable serenidad.

« Por fin, muere el anciano; sucumbe aquel cuerpo agotado y desgarrado por los padecimientos. Murió cual mueren los santos, cual murió santa Lidvoina y otros tantos, con un himno de adoración y amor en los labios. Iluminaba sus ojos el gozo de los predestinados, y daba á su rostro celestial brillo ; delineaban sus labios una sonrisa que fué á estallar en el cielo.

« Es bello espectáculo la muerte del justo, y cada vez que me fué dado presenciarla, me pregunté por qué no asisten á ella los jóvenes y los débiles para aprender el valor en la lucha, y el santo deleite en la victoria.

« Las religiosas que asistieran al anciano quisieron vestirlo ellas mismas con sus manos propias, repugnándoles el abandonar á manos mercenarias el cuerpo de semejante cristiano.

« Al efectuar tan fúnebre operación, se les vino á la memoria aquello que más arriba mencionamos : ¿ Por qué jamás el anciano se descubría la cabeza ?

« Una de ellas, al quitar el gorrucho que descendía hasta las cejas del muerto, sintió cierta resistencia ; hizo otro esfuerzo, ¿ y qué descubre, Dios mío ? Una corona de espinas hundida en las carnes ensangrentadas.

« Á tantos padecimientos, el pobre desvalido había querido añadir el de asemejarse más á su divino Maestro, y murió sin que sospechase nadie su martirio.